

11.



LA

LÁMPARA DEL SANTUARIO,  
NOVELA MORAL RELIGIOSA.

ESCRITA POR EL CARDENAL WISSEMAN;  
traducida al español

POR EL PRESBITERO D. PEDRO GARCÍA S. JUAN.



EDICION DE «EL CRUZADO.»

SUCRE, ABRIL DE 1869,

TIPOGRAFIA DEL PROGRESO.

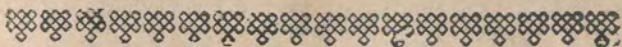




86-32(84)

NOVELA SOCIAL BELGICA

... de la vida social en los países  
de la América Latina y el  
Caribe. El libro es un  
estudio de los problemas  
sociales y económicos que  
afectan a estas regiones.  
El autor analiza las causas  
de la pobreza y la  
desigualdad, y propone  
medidas para mejorar  
las condiciones de vida.  
Este libro es una obra  
importante para comprender  
la realidad social de  
estas zonas.



## LA LAMPARA DEL SANTUARIO.



### CAPITULO I.

Habría cosa de un siglo existia en una retirada cumbre de los Pirineos, conocida con el nombre de Monte de María, y no lejos de la raya de España, una antiquísima capillita de modesta apariencia, dedicada   la Virgen. El interior estaba sin embargo adornado con gran riqueza. Cubrian sus paredes muchas ofrendas de plata; en el altar se veian hermosos candelabros y ramilletes del mismo metal; y era objeto de tanta devocion en los contornos, que hasta se celebraban   ella romerías. Detras del altar, donde habia un precioso tabernáculo, descollaba la imágen de la Inmaculada Virgen con su divino Hijo en los brazos. Era esta obra antigua, de mármol blanco y de tamaño casi natural, que mirada   buena luz daba á conocer la mano de un artista animado de la mas sublime inspiracion: el semblante de la Madre estaba lleno de dulzura, y en el del Hijo se descubria la mas encantadora magestad.

Ante el altar, en medio del Santuario, ardia una lámpara de plata, que nunca habia estado apagada, ni aun en tenebros simas noches, pues los habitantes del contorno la proveian abundantemente del mejor aceite; cuidado en que reportaban gran interés, porque con la lámpara proporcionaban un faro y guia al viajero; y la tenian colocada de modo que pudiese esparcir su luz  

lo lejos por medio de una ventana abierta sobre la puerta. Pasaba muy cerca de la capilla el camino, que desde muchos caserios vecinos conducía al principal del valle. Este sendero, estrecho y escabroso, serpenteaba sobre un precipicio á lo largo de la montaña; se le enseñaba al viajero á seguirle sin vacilar mientras viesese ante sí la luz de la lámpara; mas se le advertía se separase á la derecha cuando aquella desapareciese detrás de la roca, porque por esta parte el precipicio tenía un suave declive que conducía al camino principal, mientras que por la otra la pendiente era muy difícil. Con guardar tan infalible regla, nunca había ocurrido ninguna desgracia. Así pues, el admirable símbolo del culto divino era al mismo tiempo un beneficio social; el altar del Señor para alumbrar el oscuro sendero de la montaña, tan parecido por desgracia al de la vida, enviaba su luz al caminante que pasaba á deshoras; y este trasladando sus pensamientos á donde brillaba su estrella ante el trono del Cordero, reconocía el ojo vigilante de la Providencia que velaba por él en este mundo.

Cuidaba del servicio de la capilla un hermitaño, que prestaba los auxilios religiosos á las gentes del contorno, porque la iglesia parroquial se hallaba muy distante.

Como á media legua de este camino estaba una pobre aldea habitada por leñadores. Entre las chozas que la componían había una, humilde como las demás, pero notable por su curiosidad y aseo; y la joven familia que allí se albergaba era tenida por la más laboriosa, honrada y feliz de aquel recinto; pues en tanto que el marido, llamado Pedro, trabajaba en la montaña, su mujer Anita, puesta en la rueca hilaba constantemente, y tenía jugando á su lado á una niña de cerca de tres años, que daba señales de discreción superior á su edad. Se llamaba María, como todas las niñas nacidas

junto á la capilla; y por su viva inteligencia y estremada dulzura de carácter era la alegría de sus padres, los cuales con la mayor ansiedad cuidaban de sus mas insignificantes movimientos.

Con asombro advirtieron ambos esposos una gran alteracion en el semblante y ánimo de la niña. Al principio, sin embargo, no se atrevieron á comunicarse sus temores; mas por último, poniéndose cada dia la niña mas delgada, descolorida, y muy abatidas sus fuerzas, tuvieron que acudir á un médico. Fracasaron, por desgracia, todos los esfuerzos de la ciencia, y faltó el doctor ya de recursos, les hizo presente que solo un milagro podia salvar la enferma. ¡Pero cual fué el pesar de estos desventurados padres cuando supieron que no podian encontrar consuelo humano! Casi fuera de sí á causa del dolor, fijaron todas sus esperanzas en el cielo, y aunque jamas habian dejado de rogarle, resolvieron hacer el mayor esfuerzo.

En una hermosa tarde de otoño se encaminaron hácia el Monte de María; la madre, á pesar del calor, llevaba en sus brazos abrigada cuidadosamente á la niña enferma: carga preciosa, mucho menos pesada de la que oprimia su corazon. Cuando llegaron á la capilla era aun de dia, y muchos trabajadores, al regreso de sus tareas, hallábanse allí orando arrodillados; la puerta estaba entreabierta; y el sol, que se encontraba en su ocaso, esparcia por el interior sus calientes rayos, y bañaba los cuadros y los tapices con dorada luz de magnificencia verdaderamente régia. Parecia, por tanto, que era la hora favorable para acudir á la majestad suprema, la ocasion de presentarle una grande y noble supplica. La morada del Rey de los reyes se hallaba espléndidamente dispuesta para oir los cánticos del alegre coro, y derramar tesoros de abundantes bendiciones. En aquel momento el menor de los trabajadores que ora-

ban á la luz de esta deslumbradora claridad, era mayor, y mas favorecido con gracias que los mas ricos y poderosos del mundo; porque el mágico pincel del cielo dibujaba con oro su rústico vestido, y una ráfaga de luz rodeaba, ó mas bien coronaba sus honradas cabezas, y sus humedecidos ojos levantados hácia el Ser ante quien todos los reyes se humillan. Muy pronto sonó el órgano, y todos juntos entonaron en accion de gracias, un himno sencillo pero fervoroso.

En este instante Pedro y su muger pisaban el pavimento de la capilla, y ambos se detuvieron instintivamente como imposibilitados de pasar mas adelante. La atmósfera caldeada, los ecos que resonaban, no se hallaban de acuerdo con el trastorno de su cabeza ni con la angustia de su alma, porque no habian venido para hacer grandes súplicas, sino para implorar la piedad, la misericordia y la paz. Pronto, no obstante, se arrepintieron de su aparente falta de confianza; y validos del privilegio concedido por el sentimiento católico á los desgraciados, se adelantaron hasta las gradas del Santuario.

Aquí la madre puso en el suelo á su hija, y ambos arrodillados, reconcentrados en la oracion cerraron sus ojos para librarse de la claridad que les molestaba. Su súplica fué larga y fervorosa, y mientras tanto cesó el órgano, y los trabajadores se fueron retirando; el hermitaño cerró la puerta á los últimos crepúsculos del dia, dejando oscura la capilla, y se ausentó, diciéndoles estas palabras de compasion y consejo: «No he echado la llave, y podeis estar aquí todo el tiempo que querais: tened confianza en Dios que os consolará, y accederá á vuestro ruego por la intercesion de su santa Madre.» Este buen hermitaño no se asemejaba á Heli, que comprendió á Ana por la turbacion de su súplica.

Así que los padres oyeron las palabras del anciano

no, se descubrieron el rostro y alzaron la vista. Hallábanse solos con su niña en medio de un profundo silencio. Entre ellos y el altar no habia mas luz que la de la lámpara suspendida de la bóveda, que semejante á una fuente de puro resplandor, llenaba el centro del lugar santo con un círculo luminoso, el cual palideciendo y disminuyéndose, se estendia hasta las mas ocultas estrechidades del santuario, y producía una especie de tranquilidad benéfica: cualquier bullicio, cualquier movimiento agitado, cualquier risa estrepitosa, cualesquier palabras descompuestas hubieran parecido en aquel sitio otros tantos sacrilegios. La lámpara se creaba una atmósfera adecuada, templada como ella, inaccesible á los extremos del calor y del frio, y de cierta bondad peculiar: hasta los menores objetos le comunicaban una hermosura tranquila y llena de encanto. Y cuando ocultaba á la vista el imperfecto espectáculo de las ofrendas y las toscas pinturas de las paredes, los puntos prominentes, un poco mas iluminados, sobresalian como si fueran obras maestras. Cualquier semblante que con una perfecta claridad hubiera parecido duro, se suavizaba y era agradable bajo su influencia. Pero en los sentimientos interiores es donde su acción se hacia principalmente sentir, porque encendia en los corazones una llama santa, cuyo tranquilo resplandor, obrando sobre las afecciones turbadas, sojuzgaba la soberbia, aplacaba la cólera, atenuaba y repelia los malos pensamientos, devolvía la tranquilidad al alma, y la disponia para las delicadas emociones.

Despues que, penetrados de la perfecta conformidad establecida entre los objetos exteriores y sus disposiciones íntimas, enderezaron los desgraciados padres su vista hácia la imagen del Redentor y de su Madre, la suave claridad de la lámpara les manifestó tan cumplidos rasgos de amor y compasion, que jamás ha-

bian visto imágen tan idéntica á lo que deseaban. Conocieron que esta era su hora propicia, y que la peticion del pobre, dirigida cara á cara, no podia dejar de ser acogida.

Largo tiempo é intensamente oraron movidos por esta solemne inspiracion. El fervor del padre era mas profundo, el de la madre mas tierno, pero ambos formaban comun súplica, hacian el mismo voto, y era que si la niña curaba, llevaria por el espacio de siete años una vestidura blanca, como emblema de su dedicacion á la purísima Vírgen, y sus padres ayunarian una vez á la semana durante igual periodo.

Con la exaltacion poética de la misma naturaleza exclamó entonces Pedro en medio de su oracion: «Sí; ella estará pura y blanca como la azucena, cuya raiz se alimenta con la nieve de la montaña; estará como una flor ante el altar de Dios; resplandecerá en el santuario como la lámpara suspendida ahora sobre su cabeza; sus virtudes iluminarán el lugar santo, asi que por su agradecimiento venga á arrodillarse en el sitio donde en este instante está descansando: y vos, Señor, no os digneis apagar la luz de nuestros ojos ni permitais á la muerte que la toque, ya que os ha sido dedicada, antes consintais que una mano sacrílega se atreva á apagar la sagrada llama que ante vuestro altar arde.»

Mientras de esta manera oraban, experimentaba la niña un sueño mas tranquilo y profundo del que habia tenido desde muchas semanas; y los padres lo consideraban como presagio de su cura, porque continuaba dormida cuando á hora avanzada volvieron á su casa: al dia siguiente hallábase muy mejorada, y poco despues ocupaba buena su puesto junto á la madre, como de costumbre. Entonces vistió de blanco, y á medida que crecia en discrecion y en virtud, las personas



sencillas del contorno empezaron á mirarla como privilegiada por la gracia. Por esto, de comun acuerdo, le fué concedido un lugar de preferencia, esto es, se la reservó en la iglesia el sitio donde la habian colocado cuando se hallaba enferma.

Ya crecida iba todos los dias á aquel sitio, donde estaba arrodillada durante muchas horas. A veces, á la caída de la tarde, cuando la muchedumbre de trabajadores, á semejanza de un confuso grupo, llenaba con sus oscuros vestidos la nave de la iglesia, ella con sus vestiduras blancas y bajo la luz de la lámpara, como para cumplir la súplica de su padre, brillaba con un resplandor que parecia se derramaba sobre los objetos inmediatos. Con esta silenciosa meditacion encontraba un goce infinito; y ni en las glorias del sol en su ocaso, ni en los esplendores de un hermoso dia de estio hallaba encanto comparable con el de los débiles rayos de la luz del santuario, en los cuales veia una claridad tan casta y pura, que solamente podian dar lugar á los mas santos y angélicos pensamientos. Juzgaba que los espíritus celestiales se reanimaban con su llama, y que los querubines estaban gozosos en la nube de gloria que se imaginaba tenia encima. Pero esta admiracion no alcanzaba solo á sus ojos, porque al mismo tiempo una música misteriosa heria sus oidos; escuchaba los ecos de súplicas semejantes á las súyas, y acordes armonias iguales á las de los espíritus que se acompañan con arpas de oro. Un delicioso perfume á manera de incienso, sin ninguna participacion terrenal, embalsamaba tambien el santuario. Así pues, ningun parage le parecia tan intimamente unido con el cielo, ni situacion alguna mas á propósito para sublimarla en las alas de las santas inspiraciones.

Se ha advertido que las personas que viven muy unidas acaban por contraer cierta semejanza, que á ve-

ces hace se consideren como miembros de la misma familia. De igual modo creyeron muchos que, á causa de las largas y frecuentes contemplaciones de la jóven María á los pies de la imágen de la Virgen, su rostro se habia como identificado con este divino modelo, y reflejaba su suave y modesta espresion. En resúmen, les parecia María el retrato vivo del original de que la imágen era la representacion inanimada.

## CAPITULO II.

Desde el voto pronunciado por Pedro y su mujer habian trascurrido seis años de paz y de ventura, cuando ocurrió un cambio que trastornó y llenó la casa de desconsuelo.

Vinieron por este tiempo á establecerse con sus familias en aquellas inmediaciones dos estrangeros, gente tosca y feroz, á quienes nadie conocia. En un pedazo de terreno separado de las otras habitaciones, fabricaron grandes cabañas de madera casi iguales á las demás: mientras las construian, temian al parecer ser vistos, y así que las hubieron concluido, cuidaron de que nadie entrase en ellas. Los hombres, segun se observó, no tenian ocupacion fija; las mujeres estaban ociosas y desaliñadas; ellos sin embargo, aparentaban tener más desahogo que sus vecinos, y los domingos se aderezaban mucho. Sin poder darse de esto esplicacion alguna, todos creian que habia aquí algun misterio.

Un mes poco despues de la aparicion de estas gentes en el pueblo, Anita y su hija advirtieron gran mudanza en la conducta de Pedro: no iba al campo con su acostumbrado buen humor, y su trabajo no debia ser muy activo, porque la utilidad disminuia de dia en dia. Siempre estaba pensativo, reservado y casi taciturno, como quien por la primera vez ocultaba un secreto á su fami-

lia. En lugar de volver á su casa al acabar el día, tardaba algunas horas; y para explicar su ausencia, daba inverosímiles excusas. Un día, por último, en el instante de salir dijo á su mujer; «Anita, probablemente vendré muy tarde, y así es inútil que me esperes. Tengo ocupaciones importantes que acaso me entretendrán toda la noche.» En seguida salió de prisa, sin dar tiempo á que su mujer le contestara. ¡Pero que día tan triste fué este para la madre y la hija! Sumergidas en el mayor silencio, cada cual procuraba ocultar sus lágrimas á la otra; porque la niña, aun cuando de ocho años, tenía bastante inteligencia para comprender el mal estado de su casa. Por la tarde, guiadas ambas de un mismo sentimiento, se encaminaron al Monte de María á fin de desabogar su dolor, y buscar consuelos al pie del altar. La niña se arrodilló en su sitio acostumbrado debajo de la lámpara, y levantando sus ojos y corazón hácia el cielo, se puso á meditar profundamente.

Parecióle que la triste morada de la santa Madre del Salvador cuando volvió del Calvario, se asemejaba á la comida solitaria, la habitacion triste y la noche desvelada que la aguardaba despues de este dia de angustia. Vé á esta Madre, cuyos ojos están clavados en sus vestidos manchados con la sangre derramada por la justicia de Dios, en cuyos oídos resuena el golpe del martillo que introduce los clavos en una carne palpitante, cuyo cuerpo y alma padecen con un peso de angustia capaz de destrozar una naturaleza de hierro, y que á pesar de todo sufre con valerosa paciencia. Anegada así en tan hondo abismo de dolor, ¿cuan ligeras no encuentra esta hija de la gracia las angustias que el Señor le ha enviado! Siguiendo á la santa Madre en su humilde morada, despues que uno á uno se han retirado sus amigos, la ve sola en el silencio de la noche; su lámpara, mantenida acaso con aceite del huerto de Getsemani, alumbra su rostro, en el

cual este día ha hecho mayor impresion que todos los años de su vida. Las lagrimas que caen lentamente de sus ojos, tiemblan y brillan con aquella vacilante luz, cuyos rayos al parecer cuidan de esta santa Madre, y derraman algun consuelo en aquella desamparada habitacion, y en aquel corazon todavia mas desamparado. La niña con su sencillo agradecimiento bendice esta debil claridad, y considera, que la que está sobre ella é ilumina á la Virgen de los Dolores, es fiel representante de la otra de donde dimana directamente; pensamiento saludable que uniendo su afliccion al mas santo dolor que la tierra jamas ha contemplado, disipa tambien en su alma las tinieblas que la tenian oscurecida, y la llena de claridad pura y serena, semejante á la de las sombras del santuario. Cuando acabó esta contemplacion, se encontró con fuerzas para volver resiguada y animosa á su triste morada.

Pero antes de separarse del altar hizo al Señor, por medio de la santa Virgen, una oferta de que no habló á su madre, y que conoció le habia sido aceptada, por lo cual se retiró llena del mayor consuelo.

Y no se piense que semejante conducta ó sentimientos sean superiores á la edad de la niña María. Las gentes, por lo comun, no comprenden el grado de desenvolvimiento de la razon que los niños criados bajo el influjo de la Iglesia llegan á adquirir conducidos por El «que hace hablar á la sabiduría por boca de los niños de pecho.» Frecuentemente se mencionan talentos precoces, y rara vez virtudes precoces, sin embargo de que, en su respectivo órden, tan naturales son las unas como las otras. Las vidas de santas, como santa Rosa de Lima, santa María Magdalena de Pazzis, santa Catalina de Sena, no son las solas que nos suministran ejemplos de gracias espirituales y estraordinarias en tierna edad, porque aun actualmente las tenemos á la vista. Si los padres,

si principalmente las madres supieran encaminar á sus hijos desde la cuna hácia Dios; si en vez de lisonjear sus pasiones y caprichos, dirigieran estas los primeros albores de la razon de aquellos al conocimiento y consideracion de la bondad divina, y acostumbraran sus infantiles labios á pronunciar los dos nombres mas dulces del lenguaje humano, muchos, que actualmente lloran los extravíos y vicios de sus hijos, darian gracias al Señor por que habia concedido un santo á su familia.

Pero continuemos nuestra narracion. Madre é hija volvieron á su choza mas resignadas á sufrir las penas que cuando habian salido, y aun dispuestas á encontrarlas llevaderas. La niña, principalmente, tenia un semblante casi alegre, y encargaba á su madre pusiera su confianza en Dios y en la intercesion de la Santísima Virgen.

Muy entrado el dia regresó Pedro á su casa del todo palido y descompuesto. Dejó sobre la mesa en que trabajaban madre é hija una bolsa, y sin decir palabra se fué á otra habitacion. Ambas por largo tiempo miraron silenciosas este objeto extraño; y cuando Pedro, despues de algunas horas de intranquilo sueño, volvió á presentarse, se sorprendió é incomodó por encontrar intacta la bolsa en el mismo sitio.

Dijo con amargura: «¿Que significa esto? ¿Mirais esa bolsa como animal dañino que no os atreveis á tocar?

Su muger le contestó, ¿Cómo te la has proporcionado, Pedro?

—Puedo asegurar que ha sido honradamente: creo que no me juzgarás capaz de un robo.

—Dios me libre de ello; pero de algun tiempo á esta parte has trabajado poco, y en tus circunstancias es necesaria mucha habilidad para adquirir semejante suma. Convéncete de que el ganarla en una noche, tiene cierto aire sospechoso.

—Tranquilízate, pues la he ganado honradamente.

Estoy metido en una ventajosa especulacion comercial, y espero que estos no sean sino los primeros frutos.»

La pobre muger se felicitaba de recibir esta seguridad; sin embargo tenia sus recelos: guardó la bolsa, y jamás se decidió á hacer uso de ella. Redobló su actividad, se afanó trabajando en la rueca á fin de conservar las apariencias y subvenir á los gastos de la casa, mas ni ella ni su hija pudieron resolverse á tocar este dinero sospechoso. Pedro continuó trayendo mas cantidad á cada ausencia, que hacía de una sola noche, ó mas larga; la suma se aumentó, pero ellas nunca la tocaron. Además, una observacion decisiva de Anita hacia irrevocable semejante resolucion. Su marido no era ya el mismo, porque no solo no cumplia como antes con sus deberes religiosos, sino que los descuidaba todos, y si se presentaba el domingo en la iglesia, estaba disgustado y violento.

Una vez consiguió su niña que la acompañase al Monte de María, y arrodillada en su sitio acostumbrado, rogó fervorosamente por él, renovando el sacrificio de si misma que ya habia hecho. Alumbrada por su querida lámpara prolongó la oracion hasta la noche; mas cuando la hubo terminado, no vió á su padre. Lo encontró fuera esperándola, y le reconvino con ternura por su impaciencia, á lo cual él respondió:

«Verdaderamente me admiro de que puedas estar aqui tan largo tiempo en la oscuridad. La iglesia me causaba la impresion de un sepulcro triste y sombrío. Las pinturas de las paredes me miraban como si fuesen espectros que me amenazasen, y hasta la efigie de la Santisima Virgen me mostraba semblante desdeñoso y severo. Por tanto no he podido estar ahí mas tiempo, y salí para respirar un poco.»

La niña dió un suspiro, y dijo: «Querido padre, tú no has hablado siempre así. Es indispensable te suceda algo para que ya no quieras ó no te atrevas á orar

á la suave claridad de la lámpara.»

Pedro regresó silencioso á su casa, y durante algunas semanas estuvo mas asiduo en su trabajo. Muy pronto, no obstante, volvió á sus malos hábitos, é hizo ausencias mucho mas prolongadas. Ya es ocasion de que espliquemos los motivos de esta malhadada conducta.

Los recién venidos, de que hemos hecho mencion, correspondian á una clase numerosisima en las fronteras, particularmente en sus montañas: eran contrabandistas: encargábanse de introducir, sin pagar derechos y frecuentemente en muy grandes cantidades, mercaderías francesas en España y españolas en Francia, á pesar de la vigilancia de los carabineros á quienes en caso de sorpresa atacaban sin escrúpulo. Ellos y sus mujeres eran muy diestros en este ejercicio, que tenian desde mucho tiempo; y ya demasiado conocidos en su antigua residencia, y observando que las avenidas del Monte de María estaban menos guardadas que las otras con motivo de la honradez de sus habitantes, determinaron sacar ventaja de semejantes circunstancias, y establecerse en sus inmediaciones. Para conseguir su objeto comprendieron que les era preciso asociarse con uno del pais capaz de guiarles, y familiarizado con el conocimiento de todos los desfiladeros de la montaña. Despues de haber examinado durante algun tiempo los caractéres de sus convecinos, se fijaron en el pobre Pedro, tanto por su inteligencia en el terreno, como por su docilidad, la cual contribuiria á retenerle bajo su yugo, toda vez que hubieran conseguido corromperle.

Por consecuencia ganaron bábilmente su confianza, aparentando que se tomaban por él mucho interés, y que tenian grán sentimiento de verle trabajar penosamente todo el dia para ganar corto salario, cuando en empresas mercantiles de seguro éxito podria colocarse en situacion ventajosa. Al principio les escuchó Pedro con indi-

ferencia; despues con curiosidad, y muy pronto con avidez. Sin embargo, cuando ya le hablaron con mas claridad se sorprendió. Pero esto no hizo desanimar á los astutos bandidos, porque esperaban semejante sorpresa, y pasado el primer efecto, empeñáronse en disipar sus remordimientos. Dijéronle, que como franceses no les obligaban las leyes españolas, que eran las que prohibian la introduccion de las mercaderías de la otra parte de la raya, y que por lo tanto esta empresa solo tenia el carácter comercial, como qualquier otra, en la cual corria el riesgo de ser cojidos, del mismo modo que se corre el riesgo de perder el cargamento de un buque sumergido en el mar.

Adoctrinado Pedro con estos razonamientos aparentes, comprometiése á tomar parte en una de sus espediciones, que los contrabandistas cuidaron de hacerle fácil y agradable; y de esta primera tentativa procedia la bolsa que habia puesto sobre la mesa. Mas aun cuando su conciencia no se hallaba del todo tranquila, la pasión del dinero habia echado profundas raices en su corazón, y muy pronto, gracias á los artificios de sus malvados inspiradores, se encontró ligado de tal modo, que no tuvo valor para quebrar con ellos. Esta es la historia de muchos caracteres honrados y débiles, que sucumbiendo una vez, quedan por su bondad misma imposibilitados para luchar contra la astucia y atrevimiento de los malos.

Despues de la visita de Pedro con su hija al Monte de María, sus compañeros, temerosos de que les abandonase, resolvieron arrastrarle mas en el camino del crimen. A este fin organizaron una espedicion muy arriesgada, que, segun habian previsto, concluyó en un choque con los carabineros: vinieron á las manos; hicieron fuego, y se franquearon paso á viva fuerza. Pocos dias despues se fijaron en todos los pueblos del distrito edictos que prometian recompensa al que descubriera á los



culpables, y el indulto al cómplice que delatase á su compañero. Los tiranos de Pedro le amenazaron entonces con que á la primer tentativa de desobediencia, lo entregarían á las autoridades españolas.

Desde este instante fué Pedro su instrumento y su víctima; ya no tenia voluntad propia, y casi les habia entregado su alma, porque escepto el asesinato, podian obligarle á cometer todos los crímenes. Imaginándose mas adelante seguros de él, descubriéronse, como realmente eran, unos bandidos escapados de la mano de la justicia; y le obligaron á que se asociara con ellos en sus robos nocturnos; pero le costaba la mayor repugnancia el solo pensamiento de mancillar con el producto de sus latrocinios su morada, antes tan feliz y tan pura, y así se negó á tomar participacion en el botin, volviendo desde entonces á su casa con las manos vacías, la conciencia cada vez mas atormentada, y los ojos mas desencajados.

Tenia horror de sí mismo; el pesar le devoraba el corazon; forjábanse en su mente los mas desesperados proyectos, y con frecuencia se le ocurría la idea del suicidio. Muchas veces sus compañeros le habian visto echar una mirada de envidia al fondo de un precipicio, ó ensayar en su pecho la punta de un puñal; pero en el momento de la ejecucion se llenaba de sudor frio, y rechazaba el pensamiento tentador, al paso que sus perseguidores con una sonrisa salvaje le desafiaban á que se diese la muerte. Mas, gracias á Dios, Pedro no habia perdido la fé: conocia que se le abria en el fondo del precipicio un abismo sin fin, y que la espada de la divina justicia le heriria aún con mas seguridad que su puñal.

Comprendieron sus compañeros que él concluiría por escapárseles, y que probablemente su desesperacion lo impulsaria á algun acto que les perdiera, y por tanto cambiaron de conducta. Le aseguraron que se hallaban dispuestos á devolverle su libertad, á condicion de

que por última vez les auxiliara en una empresa fácil y segura, y entonces abandonarían el país y le dejarían en paz. Mas por desgracia no conocían que la paz había para siempre faltado del corazón de Pedro. La promesa de estos, sin embargo, le dió cierta confianza, y casi llegó á desear la perpetración de este último crimen, para el cual se tomaron el plazo de un mes, que á Pedro le pareció un siglo. Inútilmente les suplicó que le comunicasen su proyecto, mas nada pudo saber sino que los preparativos que hacían, indicaban claramente una inmediata fuga; todo lo cual le ratificaba en su creencia, porque veía la mejor prueba de la verdad de las promesas de los compañeros.

¿I qué hacían entre tanto su muger é hija? Cada mes se hallaban abrumadas en mayor miseria y mas amargos pesares, pues aunque ningun conocimiento positivo tenían á cerca de la naturaleza de los estrayos de Pedro, porque este nunca traía nada á la casa y guardaba triste silencio, sin embargo, no podían dudar que se hubiese metido en alguna criminal empresa.

Nadie se cuidaba de ocuparle, y así, cuando se quedaba en su casa carecía de trabajo. Su choza, en otro tiempo tan bien provista y alegre, tenía ya todas las trazas de la miseria y abandono; no había en ella ni conversaciones amistosas, ni jovialidades, ni confianzas, sino dolor y angustia. Es cierto que siempre se entendían entre sí madre é hija; pero mas bien era con un silencio simpático, que comunicándose mutuamente sus pensamientos: pues cada cual, temerosa de aumentar el pesar de la otra, procuraba ocultar sus lágrimas. Digámoslo en elogio de los pobres, nadie mejor que ellos posee la innata delicadeza que sabe honrar la virtud en la desgracia, y respetar á los que experimentan crueles padecimientos: nunca los moradores del pueblo les echaron en cara á la muger ni á la hija la conducta de Pe-

dro, aun cuando fuese esta ya un escándalo público. Por el contrario, tributaron tácito homenaje á la inocencia de su familia: todos la atendian, todos endulzaban su voz para saludarla; cada vez que salian de la iglesia, la dirijian palabras de consuelo, y con pequeñas dádivas, ofrecidas con delicadeza, aliviaban su miseria.

Tambien el Señor las consolaba, porque sin su presencia, su gracia, ni su luz no hubieran podido resistir tamaños infortunios, ni gozar todas las tardes ante su tabernáculo de esa celestial paz, fruto de la resignacion á la voluntad divina. En una de estas ocasiones la niña María, entregada á una meditacion semejante á la en que la hemos visto embebida, pasó de la contemplacion de los males de la Madre á los del Hijo, y sacó de ellos gran consuelo. En su pequeña Biblia habia leído la vision que tuvo Zacarias, donde se halla descrito el candelero de oro, colocado delante del tabernáculo, al lado del cual descollaba un olivo, cuyas colgantes ramas suministraban el aceite á las lámparas sagradas por medio de canales de oro. Entonces le pareció que la lámpara habia aumentado de tamaño, que su disco era una preciosa fuente, en cuyo centro ardía una llama de pureza y esplendor celestiales, y que derramaba por sus bordes un purísimo aceite, recojido en vasos de oro por manos invisibles. Este aceite, que la Iglesia conserva como precioso tesoro, servia para consagrar las aguas bautismales, para unjir al sacerdote de Dios, y para fortalecer al moribundo contra el poder del infierno: algunas gotas caian derramadas por varios lados, y los que las recibian, experimentaban que se cerraban sus heridas, se suavizaban sus penas, y se enjugaban sus lágrimas. Cayó en los labios de María una de estas gotas, y tenia la amargura de la mirra unida al sabor y al color de un refrigerante. Admirada entonces é ignorando

de dónde procediese este maravilloso licor, vió sobre la fuente la rama de un olivo que lo destilaba de sus frutos, y mirando con mayor atencion hácia el sitio de la raiz del árbol, descubrió una forma humana postrada en oracion y en la mayor congoja: su descolorida frente estaba tocando con el suelo, y el rostro quedaba invisible bajo un oscuro velo recamado de preciosas joyas, rubies, carbunclos de brillo deslumbrador, las cuales poco á poco se agrandaban, y como gotas de rocío se esparcian por este terreno consagrado: eran las primeras gotas de vida que se desprendian de sus poros para curar todos los males. Con estas habia sido criado y mantenido el primer árbol que despues del diluvio llevó ramas presagadoras de la paz, y del cual la paloma tomó un ramito precursor de la reconciliacion del mundo regenerado. Este es el motivo porque el fruto de este árbol, el tercero en el órden de los productos mas estimados de la tierra, se halla siempre unido con el trigo y con el vino, tanto en las promesas como en las amenazas de los Profetas, y forma con ellos el triple poder que aumenta en los hombres la gracia, y les da fuerzas para resistir al pecado.

La relacion entre esta consagracion y sus frutos era tan ostensible para el alma contemplativa de la niña, como la que existe entre la bajada de Nuestro Señor á las aguas del Jordan y la santificacion mística de este elemento purificador. El olivo, consagrado con la santa uncion de la Sangre del Salvador, es tenido en la Iglesia como árbol sagrado, cuyo jugo suaviza los trabajos y adversidades de la vida, alimenta el alma con los méritos del Gólgota, cura las enfermedades del alma con el escudo de la gracia, haciendo doblegar en el cuerpo todos los apetitos desordenados de la carne; el único en fin que, despues del producto de la virginal abeja, puede iluminar el santuario.

Colocada la niña en esta serie de ideas, llegó naturalmente á aquella escena de dolor en que nuestra alma, aun en su mayor agonía, puede adquirir la resignación. Mas la ocurrió el pensamiento siguiente: Si en la celestial Jerusalén se dijera á las santas vírgenes, esposas del Cordero: «Dios, tu Dios te ha unido con el óleo de la alegría,» ¿no se diría que en este mundo hay otro OLEO DE AFLICCIÓN para unjir á los siervos del Señor, sin que por esto le sean menos agradables? Dichosa la vírgen que, temerosa de que se apague su lámpara, la ha llenado completamente para aguardar á su esposo. Mas si llega á faltarle esta lámpara, debe apresurarse á buscar otra en el Monte de las Olivas, cumbre de la unción y de la luz.

Mientras que nuestra jóven alma contemplativa se hallaba entregada á estos pensamientos, pidiendo á Dios que su lámpara estuviera encendida á cualquier hora que viniesen á llamarla, su madre se le acercó, y le avisó, que era ya tiempo de regresar á casa. Las visiones de su tierna imaginacion se desvanecieron, y levantándose se volvió á encontrar bañada con la suave luz de la lámpara del santuario.

### CAPITULO III.

Así como la lámpara brilla tanto mas cuanto mayores son las tinieblas que la rodean, del mismo modo la virtud resplandece cuanto mayor es la adversidad que la oprime. Este hecho puede ahora aplicarse, porque las virtudes de la muger é hija de Pedro resplandecian cada dia mas, según que estaban mas humilladas, sus cuerpos mas aflijidos por la necesidad, y sus corazones mas atormentados por la aflicción. Una nueva pena molestaba á la hija; pero si alguna nube pasaba por su inteligen-

cia, lo cual no se ocultaba á su atenta madre, inmediatamente la borraba con una pura sinceridad, tal como solamente el cielo puede darla. Muchas veces escapabásele un suspiro, una lagrima caía de sus ojos mientras estaba trabajando; pero muy pronto, levantando su vista al cielo con complaciente sonrisa, sus labios se entretenían con un sér invisible como en conversacion mística. Creyéndola entonces su madre en comunicacion con los espíritus celestiales no se atrevia á hablarla, y la consideraba con cierta especie de admiracion respetuosa.

Un dia no obstante, preguntándole qué era lo que tanto la preocupaba, le contestó la hija:

«Mi queridísima madre, nada quiero ocultaros; la verdad es que no puedo sobrellevar la idea de ver concluir el tiempo de mi ofrecimiento, y quedar obligada dentro de poco á despojarme de estas vestiduras blancas, símbolo de la pureza, para volver á tomar las del mundo.»

—Sin embargo, hija mia, contestó la madre, es mejor para todos nosotros que así sea. Ya eres bastante crecida, y puedes ir á trabajar al campo, lo cual te sería imposible con tu actual vestido. Yo no debo ir sola dejándote en casa; pero es muy necesario que redoblemos nuestros esfuerzos, porque.....»

Detúvose aquí; lo que iba á decir hubiera sido una reconvencion á la conducta de su marido, pero sus lagrimas descubrieron su pensamiento. Su hija volvió á decirle:

«No es que sienta el trabajo ni que me avergüenze de ser una pobre labradora, sino que si me desprendo de estos vestidos, temo esponerme mas á los peligros y tentaciones del mundo, y arriesgarme á perder algun derecho á la proteccion de la Reina del cielo, de quien hasta ahora he sido hija..... Pero tambien es ya ocasion, querida madre, de que os hable acerca de una promesa que hice la noche en que, por primera vez, mi padre estuvo ausente de casa: ofrenda que muchas veces he renovado.

He pedido á Dios me conceda no dejar nunca estos vestidos, y llevarlos intactos al sepulcro. Además....(aquí estuvo vacilando, y con voz trémula continuó), le he pedido reciba mi vida en cambio de la conversion de mi padre, y creo que esta súplica ha sido escuchada.»

Al oír semejante relato la madre se turbó y le dijo: «Hija mia, ten cuidado de no tentar al cielo. Acaso tu súplica pudiera mucho en favor de tu padre, mas á precio de..... pero al fin, añadió despues de alguna pausa, no veo qué razon tengamos para temerlo, porque á pesar de nuestros padecimientos, nunca tu salud ha sido mejor »

Convínose entre madre é hija que el dia del aniversario del voto de la dedicacion irian muy temprano á la iglesia, á fin de orar tranquilamente algunas horas antes de recibir la sagrada comunión, despues de la cual la jóven María debía mudar sus vestiduras blancas por el tosco manto de las aldeanas del pais. Tomada esta resolucion, y despues de obtenido el consentimiento del sacerdote que cuidaba la ermita, el cual prometió dejar para aquella madrugada la puerta abierta, ni la madre ni la hija volvieron á tratar del asunto, y solo esta se ocupaba de preparar cuidadosamente los vestidos que por última vez habia de llevar, y la guirnalda de flores que ofrecia á la imágen de su patrona.

Dejemos ahora este cuadro de virtud é inocencia, para seguir al desgraciado Pedro en el hondo abismo en que se ha metido. Trascurrido el espacio del mes que debia pasar antes de la realizacion de su último crimen, llegaba el dia de ejecutarlo, y sin embargo, un impenetrable secreto le reservaba la naturaleza de semejante atentado; sus cómplices lo tenian todo preparado para una fuga inmediata, y les esperaban las caballerias que los habian de trasladar á la parte de allá de la raya. Pedro, por el contrario, no tomaba precaucion alguna

contra las persecuciones de la justicia, ora porque ignorase de lo que podia ser acusado, ora porque no le fuese posible preveer los medios de salvacion, principalmente con su familia, y porque siéndole, en fin, todo indiferente, nada se cuidaba acerca del resultado. Devorado por remordimientos y amargos pesares, hubiera preferido la cárcel, los presidios ó el cadalso á su presente situacion: por lo tanto, todo desaparecia á su vista ante la idea de verse libre despues de este último crimen. Durante el dia señalado como término de su malhadada asociacion, los compañeros se empeñaron en distraerle de sus vacilaciones, alegrándole y haciéndole beber de modo que, sin embriagarle completamente, se enardeciera su sangre y se debilitara su inteligencia. Hallábase dispuesto á todo, y conocia en sí una escitacion febril muy cercana de la locura. La idea de que acaso le obligasen á cometer un homicidio, le hacia estremecerse; todo lo demás le parecia insignificante. Mas cuando, por último, supo lo que de él exigian, se sobrecojió como si se tratase de un asesinato, y fué tal el horror que esperimentó, que sus mismos compañeros quedaron aterrados.

Ya muy de noche y en el instante de salir, le descubrieron su plan, que era el de robar de la capilla del Monte de María los vasos sagrados y ornamentos preciosos, á fin de trasladarlos á la parte de allá de la raya, donde todo estaba preparado para fundirlos.

La herida de un rayo no hubiera hecho en Pedro efecto mas terrible que el de esta manifestacion. Repuesto apenas de su primer estupor, protestó que nada seria bastante para hacerle cometer tan horroroso crimen, tan negro sacrilegio. Pero sus compañeros conocian el poder que sobre él ejercian, y despues de haberle dejado exhalar libremente su indignacion y su cólera, le hicieron comprender que le tenian á su albedrío; que si trataba de escapárseles, lo entregarian á la justicia; que



por otra parte un crimen mas ó menos nada significa; que si algun dia se arrepentia, podia hacer por este penitencia igualmente que por los demás; que tambien, estando ya perdido por otros atentados, no podia empeorar su situacion. Alegaron además, aunque sin resultado, otras muchas razones; y viendo al fin que nada le movia emplearon un medio mas terrible que los anteriores, porque le amenazaron, con que irian al momento á matar á su muger é hija.

En aquel desapiadado empeño los guiaban dos motivos. Sabian que como Pedro en su juventud habia sido sacristan en aquella ermita, debia tener noticia acerca del valor de todos sus objetos, valor que ellos ignoraban, porque solamente habian echado una rápida y ávida ojeada á esas codiciadas riquezas. Querian tambien sacar de él el último partido, el de entregarle á la justicia, como víctima adecuada para que no se fijase la atencion en ellos. Las relaciones de Pedro con estos le harian sospechoso, por su notoria debilidad confesaria al momento su crimen, y sobre él recaeria el castigo de la ley. Tales eran sus pérfidos proyectos para con un hombre que siempre habia sido en sus manos vil instrumento, y tal es generalmente la amistad de los malos.

Los dos malvados fulminaron semejante amenaza con tanta cólera y aire tan decidido, que Pedro, que por experiencia los conocia, comprendió que se hallaban resueltos á ejecutarla. En este apuro su resolucion vaciló. ¿Podia, despues de haber por su conducta atormentado con tanta crueldad á los seres que siempre amaba en lo íntimo de su corazon y que ahora respetaba mas que nunca, decidirse á ser su asesino? Este pensamiento le ponia fuera de sí: no pudo sobrellevarlo, y en medio de su angustia, y protestando á la faz del cielo, escogió el camino que le pareció menos horroroso, y consintió en acompañar á sus tiranos.

Urgia el tiempo, porque en estas cuestiones habian perdido gran parte de la noche, y querian aprovechar las pocas horas que les faltaban. Llegaron silenciosos y de mal talante á la puerta de la iglesia, y convínose en que uno de ellos quedaria de centinela en la parte de afuera con la mula, mientras el otro entraba con Pedro para dar el asalto.

La puerta de la iglesia no tenia echada la llave, lo cual no les llamó la atencion, porque jamás nadie de aquel contorno habia soñado en la posibilidad de un sacrilegio. Entraron con precaucion, aunque sobrecojidos por el sentimiento de estupor; instintivamente se detuvieron en el umbral, y hasta el mismo ladron temia ir mas adelante. En aquel solitario parage reinaba tan profundo silencio, que Pedro podia oir en su pecho los latidos de su corazon, agitado por los remordimientos y el terror. La lámpara ardia clara y resplendente, y deramaba suave esplendor por el santuario; nunca ni aun en los dias de su virtud, le habia parecido á Pedro tan magestuosa ni tan sagrada como en este instante, en que iba á cometer el vergonzoso sacrilegio. Nunca la plata ni las alhajas del altar habian resplandecido tan alegremente; nunca los santos le habian mirado con mayor afecto; nunca la Vírgen que estaba sobre el altar le habia mostrado mas amable sonrisa. Parecióle que con tierna reconvencion todos le decian: «¡Ah! Judas, ¿quieres entregar con un beso al Hijo del hombre?» No pudiendo sufrir estas miradas, bajó sus ojos; pero al momento se le imaginó que tenia á su hija enferma, tendida ante él al pie del altar, segun la habia visto siete años hacia anegada en sueño reparador, y él arrodillado junto á ella dando gracias á Dios: todo lo que la rodeaba estaba lo mismo que entonces; solamente él habia cambiado, pero, ¡y cuánto! Con ímpetu violento de su voluntad desechó esta vision y levantó los ojos; mas al instante se volvió á encontrar

con la luz de la lámpara, que en todos los objetos deramaba misterioso encanto. Este ojo del santuario ejercía en él el mismo poder que se atribuye al ojo del hombre sobre la mano del asesino ó sobre la rabia de un animal, porque le sujetaba y le tenía clavado en aquel sitio, de tal suerte que ni amenazas, ni promesas hubieran podido resolverle á cometer un crimen á su luz: se le figuraba dotada de inteligencia sobrehumana: algunos rayos penetraban en su pecho, acechaban los movimientos de su corazón, porque tenían una voz baja pero firme: eran como un acerado filo que entra suavemente pero con seguridad. Acaso estos rayos solo herían los objetos que encontraban, acaso parecía se detenían en ellos con complacencia; mas Pedro no se cuidaba de nada, sino que los sentía venir de tiro hecho y caer á plomo sobre su cabeza, sin alumbrar las tinieblas que le rodeaban. Si, esta era la mirada del custodio celestial encargado de la guarda del lugar santo durante las horas de la noche; mas su poder, lleno de suavidad é indulgencia, no alcanzaba para fulminar los castigos. No obstante, Pedro se sentía sojuzgado, y tuvo miedo. Un serafín, armado con espada de fuego, le habria parecido menos temible que este amable é inofensivo protector del santuario y sus tesoros. ¿Sería que la gracia iba ya á triunfar?

Apenas habian bastado algunos minutos para que Pedro experimentase todas estas emociones, y recorriese todo este encadenamiento de ideas y recuerdos; pero fueron muy largos para la impaciencia de su compañero, el que, aun cuando tambien aterrado, no tenía en su mente las mismas causas de turbacion. Así, pues, muy pronto interrumpió las meditaciones de Pedro, y cojiéndole por el brazo, le dijo en voz baja, porque no se atrevia á hablar alto:

—«Vamos, vamos, camarada, empecemos, no perdamos tiempo.»

Con la misma voz contestó Pedro:

—«No puedo, no me atrevo.»

—¡Qué necedad! ¿Es que todavía eres niño? Acuérdate de la promesa: vamos al momento.

No. Por todo el mundo jamás robaré á la que aquí mismo, en noche parecida á esta, me restituyó á mi hija.»

Entonces rechinando los dientes replicó el bandido:

—«¿Y ahora quieres tú matarla? Si olvidas tus promesas, acuérdate de mis amenazas: diez minutos bastarán para ir á tu choza, y cinco para concluir nuestra obra. Niégate á esto, y dentro de un cuarto de hora no tendrás ya ni muger ni hija.»

Pedro se sintió desfallecido; su corazón se cerró; la hora de la gracia habia pasado; el demonio triunfaba, y el infeliz exclamó en medio de su desesperacion:

—Bien; ¡cúmplase mi destino! Vamos, pues, pero al menos que no sea con la luz de la lámpara. Concédeme este favor, porque no puedo con esta luz.

—¿Por qué? ¿No sirve?

—Por nada; mejor quiero una oscuridad completa, ó si no, descubre tu linterna oculta.

Cuando Pedro decia esto, se cubria los ojos para no ver la lámpara.

El ladron, sin remordimientos y sin detenerse en estas consideraciones, descubre su linterna. El color rojo que entonces se esparció por medio del vidrio empañado y lleno de humo, ofuscó la blanca luz que iluminaba perfectamente el lugar santo. Era esta luz de la linterna como un arroyo de sangre que enturbia el agua de cristalina fuente, ó como los colores del incendio que se levanta instantáneamente en medio de la hermosa claridad de la luna.

—Vamos, dijo el ladron, es necesario recobrar el tiempo perdido; puesto que no quieres esta lámpara, ¡por

vida mia! podemos deshacernos de ella. Te he oido decir que es de plata: descuélgala, entretanto yo cojeré los candeleros del altar.

Pedro habia tenido la misma idea, por lo que con un movimiento desesperado, y tapandose al mismo tiempo los ojos, cojió la lámpara con violencia, y con un soplo la apagó.

En el mismo instante llegó á sus oidos un grito agudo, tan repentino, tan lleno de dolor, que mas bien parecia que era dado por algun habitante del otro mundo, que procedente de pecho humano. Ni él ni su compañero hubieran podido decir si venia de arriba ó de abajo, de cerca ó de lejos, porque fue momentáneo y no se repitió; pero habia seguido, ó mejor dicho, acompañado tan inmediatamente á la estincion de la lámpara, que no pudieron dejar de asociar el uno á la otra, esta como causa, aquel como efecto.

#### CAPITULO IV.

El doloroso grito que se oyó, segun se ha dicho en el capítulo antecedente, llenó de terror á los malhechores. El mas avezado á los crímenes estaba todo trémulo, rechinando los dientes, con la linterna caída de sus manos y apagada. Acompañado de Pedro salió afuera, donde encontraron á su compañero tan asustado como ellos.

Ambos le dijeron: «¿Lo has oido?»

—Sí, lo he oido, contestó balbuciente, lo he oido muy bien, y espero no volver á oir otro semejante. Vámonos. Otros robarán la iglesia si quieren; lo que es yo nunca me he asustado, pero ahora no lo puedo estar mas.»

Los dos bandidos, verdaderamente aterrados, es-

caparon á toda prisa, dejando á Pedro se compusiera como pudiese. El primer impulso de este' hubiera sido al momento dar gracias á Dios porque le habia librado de la perpetracion de un afrentoso delito y de la venganza de sus perseguidores; pero el temor paralizaba todos sus propósitos, y asi solamente cuidó de alejarse cuanto antes del teatro de su proyectado crimen, creyendo librarse del grito que todavía resonaba en sus oídos. Instintivamente se encaminó hácia su choza, corriendo cuanto lo permitia la oscuridad del sitio y sus trémulos pies. Como iba atormentado por los remordimientos, cada ráfaga de aire que venia de aquellos cerros se le figuraba la voz de una muchedumbre irritada que se afanaba en perseguirle; en el movimiento de las ramas de los árboles, en el sacudimiento de sus hojas veia una espada suspendida sobre su cabeza: mas ni se paraba para mirar atrás, ni para examinar el peligro del terreno, porque siempre iba corriendo, estenuado y sin aliento.

Cuando hubo llegado al sitio de que hemos hablado donde una suave pendiente conduce desde el camino principal al estrecho sendero que está al borde del precipicio, vió, con los primeros albos del dia, una figura estraña detenida al márgen del camino, con los cabellos flotando al aire, é inmóvil como una roca. Paróse allí; su sangre se le helaba en las venas. Viniéronse á la imaginacion las palabras de la Sagrada Escritura que en otro tiempo, oidas de la boca de un orador elocuente, le habian llamado la atencion: «Perseguidos por el ángel del Señor, sean sus senderos las tinieblas y los abismos» (Salm. XXXIV.) Acordóse de Balaam cuando el ángel vengador le detuvo en el camino; creyó que el juicio de Dios le esperaba en el sitio mas peligroso. Sin embargo, el mismo terror con que huia le impedia avanzar, y resolvió arrostrar el peligro que mediaba entre él y su choza. Acercóse corriendo, y se puso junto

al objeto de su admiracion; pero este permaneció inmóvil. Pedro lo mira con una mezcla de terror é inquietud: ¡era su muger!

Estaba de pié sobre el borde del precipicio, con su vista fija al abismo, como absorta por un vértigo y privada de sentido. No vió á Pedro, pero este la tomó del brazo, la llamó por su nombre, y se dió á conocer; mas ella parecia no oirlo, y continuó sin moverse, con la vista clavada en el fondo del precipicio.

Pedro casi fuera de sí con esta nueva angustia, le gritó:

—«Anita, Anita. ¿Qué miras? ¿Qué hay allí abajo que tanto te llama la atencion?»

Ella, sin responder, le señaló con el dedo un objeto blanco.

Volvió á preguntarle Pedro: ¿Y qué es eso, un peñasco, ó una oveja de este valle?

Por fin habló ella.

—«Sí nuestro cordero.....¡María!»

El infeliz exclamó:

—«¡Pues qué! ¿Qué hace allí?»

Con estas palabras la pobre madre recobró la memoria, volvióse, y dirijiendo á su marido una mirada fija y tranquila, le dijo:

—«Sin duda has olvidado que esta noche es el séptimo aniversario de la cura de nuestra hija. Esta mañana nos dirijíamos á la capilla á fin de orar algun tiempo con quietud bajo la querida luz de la lámpara, antes que María se quitase sus vestiduras blancas. Caminaba esta despacio y con la mayor seguridad delante de mí, cuando de repente perdimos de vista la luz de la lámpara, y pensando, como era natural, segun yo misma lo hubiera hecho si hubiese ido delante, que se debia dar la vuelta, tomó por la derecha y cayó al fondo del precipicio. Dí un grito, y perdí el conocimiento.»

Pedro sintió un cuchillo que le atravesaba el corazón, y con la mayor angustia dijo:

—«¡Pues entonces yo mismo he sido quien ha matado á mi hija! ¡Yo he sido el que he apagado la lámpara!»

Sin que la muger pudiera detenerle saltó al precipicio, y agarrándose de las zarzas que estaban enredadas en las fragosidades de la roca, bajó por el camino que el mas intrépido cazador no se hubiera atrevido á pasar. Trozos de piedra se desprendian á sus pisadas, y rodaban causando gran ruido; quebrábanse las zarzas cuando se apoyaba en ellas; pero indiferente al peligro, continuó, y en pocos minutos se colocó junto al objeto que su muger le habia indicado.

Era verdaderamente el cuerpo de su hija, que estaba tendida, y como entregada á dulce sueño. No tenia roto ningun miembro; ninguna de sus facciones se habia alterado, ni sufrido nada sus vestiduras; conservaba en la mano la guirnalda que iba á ofrecer á su patrona, y hallabase graciosamente envuelta en su blanco manto. El cuerpo de santa Catalina, llevado por los ángeles al monte Sinai, no pudo ser depositado con mayor esmero. María habia volado, mas bien que caido, por el escarpado borde del precipicio; su paso por él habia sido tan rápido, su descenso tan veloz, que la vida debió haberla faltado mucho antes que su cuerpo llegase al fondo del abismo.

Por algunos instantes estuvo Pedro en una mortal agonía arrodillado junto á su hija, entregado a una profunda y fervorosa oracion. Cojiéndola despues en sus brazos, con el mismo respeto que si fuese una santa reliquia, se dirigió por el valle al sitio en que habia dejado á su muger, continuando el mismo sendero por donde habia bajado poco hace, pero con sentimientos muy diferentes. Encontró á Anita en el mismo lugar,



como si estuviese allí clavada. Cuando Pedro enseñó á esta su preciosa carga, ella no derramó una lágrima, ni dió señal alguna de dolor exterior, porque su alma se hallaba absorta con la idea de lo que acababa de suceder, que consideraba, no como mero incidente humano, sino como misterioso acontecimiento.

Con estremado amor unió sus labios á la pálida frente de su hija, que todavía conservaba el calor natural, y dijo á su marido:

—«Pedro, las palabras que acabas de proferir, quedarán eternamente sepultadas en mi pecho, pero me han recordado las que dijiste en tu súplica hace siete años cabales, cuando pediste al Señor que no consintiera que la muerte llevase á nuestra hija antes que una mano sacrílega apagase la santa llama que estaba ardiendo delante del altar. ¿Te acuerdas de esto?»

De pies á cabeza se puso á temblar Pedro: hizo una señal afirmativa. Su muger continuó:

—«Al pie de la letra ha sido oída tu súplica; no tienes de que quejarte. Pero tambien hace mucho tiempo que María pidió y con gran empeño dos favores, uno de los cuales le ha sido concedido, porque consistia en no dejar las vestiduras con que estaba dedicada á la Santísima Virgen, y ser amortajada con ellas. Hace una hora escasa no podia yo imaginarme que semejante súplica hubiese sido oída; pero gracias á la tuya, la de María acaba de ser cumplida. Hizo además otra, cuyo resultado me es desconocido.

Falto de aliento, preguntó Pedro:

—«Y cuál es esta?»

—«Su vida, que en tan poco apreciaba María, la ofreció en trueque de tu conversion á la virtud.»

Sollozando Pedro, exclamó:

—«Tambien en esto ha sido oída!»

En el momento en que pronunció tales palabras

Un refulgente rayo de luz hirió sus ojos, como si un astro lleno de resplandor hubiese instantáneamente aparecido. Asombrados los dos esposos enderezaron sus miradas hácia donde venia aquella luz, y vieron encendida la lámpara del santuario, que de nuevo esparcía su claridad por el estrecho y peligroso sendero. Ambos la saludaron como signo de su conversion á la gracia.

El grito que habia asustado á los malhechores despertó al capellan, que se levantó para examinar la causa de aquel ruido; dirijióse al momento hácia la iglesia, y con gran admiracion suya la encontró á oscuras. Tardó algun tiempo en poder volver á encender la lámpara; y hallándola caída, y viendo además la puerta abierta y una linterna rodando, conoció que acababa de librarse de un sacrilegio, impedido por motivos que no pudo imaginar. Estaba examinando cuidadosamente todo el local, cuando oyó que se aproximaban unos pasos; pero su inquietud cesó al momento, aunque con bastante afliccion, así que reconoció á Pedro y á su muger que llevaban el cuerpo de su hija.

Despues que se hubo calmado un poco el dolor, le contó Anita su desgracia, sin hacerle mencion de su marido sino para referirle la peligrosa bajada de este en busca de su hija. Por esta relacion comprendió tambien el anciano la esplicacion de los misterios de aquella noche; y aunque diferente de la de Anita, no dejaba de ser interesante.

—«Todo lo comprendo, dijo el sacerdote, pues no solamente se ha cumplido el deseo de vuestra hija respecto á conservar sus vestiduras blancas, sino que además será el ángel custodio del santuario, que queria, y que con tanto gusto adornaba; porque á no ser por el fatal incidente que tan viva angustia ha causado á su madre, los ladrones, cualesquiera que fuesen, habrian indudablemente ejecutado su proyecto, suspendido por el

grito que me ha despertado. María por tanto ha salvado del robo con su funesta muerte este sagrado lugar, de que era como segunda lámpara. ¿Y qué hay que admirarse, que la estincion de la una haya sido tambien motivo de la estincion de la otra?»

Muy pronto quedó todo arreglado porque colocaron un féretro en medio de la iglesia, en el mismo sitio donde María se ponía á orar, y en él, de cara al altar, depositaron el cuerpo envuelto en sus vestiduras blancas. En sus manos cruzadas sobre el pecho tenia el Crucifijo, y de sus dedos colgaba un escapulario; largas trenzas de cabello caian por sus espaldas; la guirnalda que ella misma habia tejido, adornaba su cabeza.

Lacerados de dolor se arrodillaron sus padres á los lados del ataud.

Muy en breve fué Pedro á postrarse á los pies del venerable sacerdote, y derramando torrentes de lágrimas, le declaró la historia de sus estravíos y de sus crímenes. Cuando se levantó, habia trocado el gusano roedor de la conciencia por el suave consuelo del arrepentimiento, y por la seguridad del perdon con la absolucion que le habia dado el ministro de Jesucristo.

Volviéndose á colocar Pedro al lado de su hija, le pareció que el alma de esta se hallaba suspendida sobre él, y le manifestaba risueño semblante por medio de los rayos de la lámpara sagrada. Se la imaginaba mezclada con los coros de los ángeles, alegres por la conversion de un pecador, los cuales bajaban hácia él en compañía de este ángel tutelar, que jamás le habia abandonado aun en sus mayores estravíos. Acercóse al féretro como para velarle, y le pareció que una nueva sonrisa animaba la fisonomía de la jóven difunta, y que cierto aire de vida se asomaba tambien á su rostro.

Entretanto habia venido el día, y la campana de la capilla estaba doblando; con estos lúgubres sonidos se

alborotaron las gentes de la vecindad, porque no sabían hubiese enfermo alguno en los alrededores. Acudieron muchos á informarse de lo que era, pero su aflicción y asombro fueron grandes cuando oyeron la dolorosa relación, transmitida muy pronto de unos á otros. La foga de los que naturalmente se consideraban sospechosos, confirmó todas las conjeturas, mientras que la presencia de Pedro al lado de su muger le puso á cubierto.

Todos derramaron en estas humildes exequias muy sinceras lágrimas, vertidas mas bien por la piedad hácia los que habian sobrevivido, que por la muerte de aquella á quien envidiaban. Las madres llevaban sus hijos para que viesén á la difunta: y estos, lejos de retirarse amedrentados, tendian sus brazos hácia ella, y deseaban abrazarla.

Mucho tiempo despues se veia en el cementerio del Monte de María un sepulcro mas lozano que los demás, diariamente adornado con nuevas flores por mano de los niños; y si á cualquiera de ellos se le hubiese preguntado quién era la que allí posaba, hubiese respondido con tono de admiracion que era María.

Algunos años despues colocáronse dos sepulcros al lado de este: eran los de sus padres, estimados de todos por su avanzada edad y sus virtudes. Quiso Pedro que despues de sus dias supiesen todos cómo sus virtudes y su dicha, sus crímenes y su castigo, su arrepentimiento y su perdon se hallaban maravillosamente ligados con la lámpara del santuario.





